XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Venezuela en el (nuevo) mundo: fundamentos y dinámicas de la política exterior chavista.

Juan Agulló.

Cita:

Juan Agulló (2009). *Venezuela en el (nuevo) mundo: fundamentos y dinámicas de la política exterior chavista. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: https://www.aacademica.org/000-062/1012

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto*. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: https://www.aacademica.org*.

Venezuela en el (nuevo) mundo: fundamentos y dinámicas de la política exterior chavista

Juan Agulló
Sociólogo
Universidad Iberoamericana de México
juan.agullo@uia.mx

'El petróleo es un arma geopolítica y estos imbéciles
que nos gobiernan no se dan cuenta del poder
de un país que produce petróleo'
(Hugo Chávez, en 1997)[**]

'El precio del petróleo dejó de ser, para nosotros, vital'
(Hugo Chávez, 19-X-2008: supervisión obras ferroviarias
Pto. Cabello)

Venezuela volvió al escenario internacional cuando a partir de 2003, tras una *desaparición forzada* de una veintena años, su Estado logró reasumir el papel de intermediador entre los recursos petroleros nacionales y el gran capital transnacional: es decir, cuando logró dotar a sus relaciones diplomáticas de una orientación política no sometida –como desde la *internacionalización* de PDVSA- a sus relaciones bilaterales con su principal socio comercial y a la evolución de los mercados internacionales de hidrocarburos.

Ni el aumento de la demanda mundial de crudo ni la reactivación de la OPEP como cártel fueron ajenas a dicho fenómeno[1].

[**] Citado por Nicholas Kozloff (2006).

[1] La OPEP, que a mediados de los 1990, había visto reducida al mínimo su influencia en la política internacional volvió a

Internamente, ciertas rupturas, también resultaron fundamentales. Para empezar, las ideológicas: durante una entrevista realizada en 2005 Chávez reconoció que llegó a reivindicar *'la llamada Tercera Vía, una de las tesis de Tony Blair. Llegué a pensar en un capitalismo con rostro humano, una tercera vía entre socialismo y capitalismo. El paso de los años me convenció que eso era imposible: un capitalismo humano es una contradicción en sí mismo*'.

Dicha perspectiva (que, como es obvio, fue expresada meses después de que el Presidente de Venezuela proclamara, abiertamente, su militancia socialista[2]) probablemente no hubiera sido posible sin el 11-S en Estados Unidos y el Golpe de Estado de 2002 en Venezuela. Ambos sucesos constituyeron, no en vano, los verdaderos desencadenantes de una transformación sin precedentes en los fundamentos de la política exterior venezolana.

A pesar de que todavía subsisten ciertas dudas sobre el papel -más o menos activo- que Washington pudo tener en la asonada[3] lo cierto es que Chávez tardó casi tres años en mudar su multilateralismo inicial[4] en anti-imperialismo. Ese fue el tiempo que su Gobierno tardó en hacerse con el control de PDVSA, motor del desarrollo nacional y por ende, del posicionamiento de Venezuela en el mundo.

Un axioma completamente nuevo se instauró entonces en la *Casa Amarilla*[5]. A partir de ese momento ya no se trató ni de complejas relaciones bilaterales ni del multilateralismo que, al principio, pretendió contraponérsele[6]. Chávez, obsesionado con el Golpe que padeció y probablemente, con ejemplos

recuperarla a principios de la década siguiente. La propaganda oficial venezolana atribuye dicha circunstancia, en exclusiva, a la actividad política y diplomática desplegada por Hugo Chávez en el seno de la organización desde 1999. Ésta, seguramente tuvo su peso aunque cuesta asumir que pudo influir más que el efecto combinado del aumento de la demanda internacional – fundamentalmente china- combinada con otros factores como, por ejemplo, las dificultades estadounidenses para volver a introducir el petróleo iraquí en el mercado internacional. Circunstancia no imputable a CCS

[2] (explicar dónde, cuándo, cómo y porque, Chávez se proclamó socialista)

[3] Un lustro después del Golpe de Estado de 2002 todavía resulta aventurado realizar afirmaciones tajantes con respecto al mismo. Varios de los actores principales de aquellos acontecimientos continúan en puestos de responsabilidad en sus respectivos países… Hay multitud de documentos que todavía tardarán años (por no decir, décadas) en ser desclasificados… Se puede hablar, por lo tanto, de grandes tendencias (como la evidente connivencia de Washington en la acción: Forero, 2004) pero sería demasiado aventurado desmenuzar los matices… Desde entonces, mucho ha sido publicado –sobre todo en Venezuela- pero, poco, debidamente fundamentado. La mayoría son conjeturas. Desde aquí remitimos a un par de documentos, relativamente diferentes: la comparecencia del ministro español de Asuntos Exteriores ante el parlamento de su país para dilucidar el papel jugado por España en el Golpe (por tratarse de un documento oficial) y un libro editado por la Defensoría del Pueblo de Venezuela en 2003 (por tratarse de una institución oficial). Algunos de los documentos oficiales estadounidenses, desclasificados, pueden encontrarse en www.venezuelafoia.info

[4] (explicar de qué se trataba : citar, quizás, el primer programma électoral de Chávez, del 97/98)

[5] La *Casa Amarilla* es, desde 1912, la sede caraqueña del ministerio venezolano de Relaciones Exteriores

[6] Janet Kelly y Carlos Romero (2002) explican que, durante los años de la IV República (1958-1998) las relaciones entre Venezuela y Estados Unidos estuvieron marcadas por cuatro premisas fundamentales: 1) Venezuela como *socio confiable* y suplidor de petróleo a Estados Unidos; 2) *excepcionalidad* del caso venezolano; 3) primacía de la cooperación sobre el conflicto en la relación entre ambos países y 4) primacía de la relación bilateral, sobre la multilateral. Consecuencia: la presunta *facilidad* de la relación entre ambos países frustraba a una Venezuela que, durante los primeros años de Chávez, a lo único a lo que quizás aspiró fue a multilateralizar una relación que percibía como inevitable debido a cuestiones estructurales (la

como Afganistán e Irak, comprendió que los *neocon* que gobernaban Washington basaban su paradigma exterior en la controvertida doctrina del *Hard Power*[7].

Lo interesante de dicha percepción es que, a la larga, transformó los fundamentos de la política exterior venezolana, mediante una adaptación del anti-imperialismo al contexto e intereses locales[8]. El punto básico –surgido en el marco de una revitalización del debate teórico en torno al imperialismo[9]- es que la dominación territorial ya no se ejercería, exclusivamente, a partir de decisiones políticas y militares sino, también, comerciales.

Estados Unidos constituiría, desde dicha perspectiva, el epicentro de una dinámica multinacional (geopolítica e ideológica) en cuyo engranaje también participarían otros Gobiernos, empresas, organizaciones e incluso grupos de presión y personajes públicos. No es casual que, desde 2003, Caracas se haya enfrentado –además de a diversos Gobiernos- a actores tan dispares como CEMEX, Mobil, HRW, PRISA, los *pitiyanquis* e incluso algún cantante[10].

interdependencia petrolera) pero, también, a la existencia de un Gobierno en Washington (el de William Clinton) mucho más propenso que el de su sucesor (George W. Bush) al diálogo y por ende, en cierto modo, al multilateralismo.

[7] La doctrina del *Hard Power* es, básicamente, la perspectiva neoliberal de las relaciones internacionales. Fue asumida, durante la década de los 1990, por los *neocon* (contracción de neo-conservadores) que llegaron a la presidencia de Estados Unidos, en 2001, de la mano de George W. Bush. El *Hard Power* solo puede ser comprendido si se contrapone al *Soft Power*, otra doctrina de relaciones internacionales (también conocida como de la *interdependencia compleja*) que fue enunciada a finales de la década de los 1970 por Joseph Nye y Robert Keohane (2000) y que, básicamente, sostiene la preeminencia del diálogo y la colaboración sobre el conflicto entre naciones. Tras el 11-S y al hilo de la inminente Guerra de Irak, Robert Kagan (2003) sostiene todo lo contrario: la importancia de la coacción militar y económica para condicionar comportamientos en las relaciones internacionales pero, sobre todo, la preeminencia (unilateralismo) de Estados Unidos -en el marco de la posguerra Fría- para llevar a cabo una suerte de misión histórica en defensa de la libertad, entendida como *libre comercio*. Se trata, sin duda, del planteamiento más abiertamente cercano al imperialismo esbozado en los últimos años. Casualidad o no, poco antes, Michael Ignatieff (2004) había denunciado la estructura y funcionamiento de lo que, en los hechos, ya se había convertido en una práctica en Bosnia, Kosovo y Afganistán.

[8] A nivel internacional existe una creencia generalizada (probablemente debida a las *cuatro premisas* detectadas por Kelly y Romero, 2002) de que la llegada de Chávez al poder ha supuesto una ruptura radical en la filosofía exterior venezolana. Eso no es completamente cierto. De hecho, si el periodo actual se compara al inmediatamente anterior, no cabe duda, pero esto no es así si nos remontamos a antes de 1989. Desde mediados de los años 1950, de hecho, la política exterior de Caracas se rigió por la *Doctrina Betancourt* (formulada por el ex Presidente, Rómulo Betancourt): alcanzar el control de la producción petrolera nacional para convertir al petróleo en el eje de una acción diplomática que, cada vez más, debía separarse de la tutela de su mayor comprador, Estados Unidos. Esta doctrina incluso, en sus momentos más álgidos (durante la década de los 1970) llegó a coquetear con el tercermundismo, el no alineamiento, etc. La verdadera gran diferencia con la política exterior venezolana posterior a 2003 es, por consiguiente, el marcado pero, sobre todo, explícito carácter anti-imperialista de la misma. Por lo demás, da la impresión de que, en los hechos, se retoma (y profundiza) una tradición.

[9] El debate en torno al *imperialismo*, más o menos enterrado durante la década de los 1990, reapareció con fuerza tras la publicación de un polémico libro en el que Toni Negri y Michael Hardt (2000) sostenían que, en los hechos, el *Imperio* habría sustituido al *imperialismo*. A partir de ahí el debate –todavía no concluido- se perfiló alrededor de dos percepciones de un mismo problema: ¿sistema o ideología? Esa y su relación con el neoliberalismo es la cuestión. Vista desde Venezuela la polémica desatada parece relativamente irrelevante: lo verdaderamente interesante es que, el *anti-imperialismo* militante acepta la doctrina del *Soft Power* y por ende, de las *interdependencias complejas* y por consiguiente, de las *relaciones asimétricas*, basadas en el diálogo y la cooperación (Caracas aplica este principio, por supuesto, a sus relaciones con su entorno sudamericano).

[10] Resulta significativo que la mayoría de los conflictos que Caracas ha mantenido con actores extranjeros han solido responder, casi siempre, al mismo guión: intereses previamente contraídos en Venezuela que se ven afectados por decisiones políticas del actual Gobierno. El debate siempre es el mismo: ¿abusa Caracas o los intereses previamente contraídos eran abusivos? En el caso de la mexicana CEMEX, el conflicto tuvo que ver con la nacionalización de las cementeras, que pasaron a ser consideradas estratégicas por Venezuela; en el de la petrolera estadounidense Mobil, con un cambio en la legislación fiscal y en el de las concesiones de explotación… En los casos de Human Rights Watch (estadounidense) y el Grupo PRISA (español) las

¿Cabe hablar, por ello, de sectarismo anti-occidental, de anti-capitalismo radical o de simple y llano *populismo*[11]? Demasiado tajante: lo primero que hay que entender es que la clave de la política exterior venezolana, a partir de 2003, se llama América Latina. Dos razones, que se retroalimentan, lo explican: una es de carácter financiero y la otra, geopolítico. Lo curioso es que ambas parten de un supuesto, más que nacionalista, soberanista.

El precepto básico es que la integración latinoamericana constituiría una especie de seguro para políticas públicas nacionales definidas y dirigidas por el Estado en detrimento del mercado y por ende, de los dictados del *Consenso de Washington*[12]. La estrategia se orientó, entonces, al tejido de un interés regional inédito y común que, en plena Globalización, estuviera en condiciones de garantizar un ejercicio compartido -y a la vez autónomo- de la soberanía[13].

Asumiendo la existencia de instituciones integracionistas en América Latina y con el fin de promover el referido interés interdependiente, Venezuela se decantó entonces por una estrategia trifurcada con la energía como eje y –porqué no- como anzuelo: 1) reforzamiento de los vínculos institucionales existentes considerados útiles; 2) boicoteo, de los considerados obsoletos y/o inservibles y 3)

disensiones fueron siempre de carácter más marcadamente político al tener que ver, de hecho, con la lectura que la organización y la empresa citadas hacen de los cambios políticos ocurridos en el país sudamericano a lo largo del último decenio. Los casos de algunos cantantes que hicieron declaraciones contra Chávez y fueron verbalmente atacados por ello (como los españoles Alejandro Sanz o Miguel Bosé) no son especialmente edificantes –y mucho menos, significativos- pero responden a la misma concepción. Algo parecido ocurre con los *pitiyanquis*, que es como Chávez se refiere a buena parte de sus opositores… El hecho de que antes fueran llamados *escuálidos* y desde 2007, *pitiyanquis* es interesante porque trasluce una concepción del imperialismo como ideología que puede sostener cualquiera y no, necesariamente, como un problema exclusivamente geopolítico o –siendo más específicos- nacional. Queda por último referirse a las fricciones que, durante los últimos años, han enfrentado a Caracas con Gobiernos como el alemán, el colombiano, el español, el peruano o el mexicano: en prácticamente todos los casos, siempre ha habido intereses empresariales o geopolíticos de por medio: de nuevo, la concepción del imperialismo como una práctica política que trasciende fronteras…

[11] *Populismo* es la definición mediática más recurrente de lo que está ocurriendo en Venezuela desde 1999 (*The New York Times*, por ejemplo, incluye dicho adjetivo en sus artículos casi el doble de veces -4,270- cuando se refiere a Venezuela que cuando habla de Colombia -2,590). Académicamente hablando se trata, sin embargo, de una categoría un tanto imprecisa. En su excelente recensión del libro *La razón populista*, de Ernesto Laclau, José Ruiz Valerio (2006) remarca la existencia de hasta diez acepciones diferentes del término. Catalogar de esa manera lo que está ocurriendo en Venezuela contribuye más, por consiguiente, a enturbiar que a comprender.

[12] El llamado *Consenso de Washington* se refiere al compendio de políticas públicas, de corte monetarista, que fueron definidas e impuestas por Estados Unidos a los países latinoamericanos a partir de la *crisis de la deuda*, en 1983, pero sobre todo del final de la Guerra Fría, en 1989. Según el economista John Williamson (del Instituto Peterson, un lobby de Washington DC) en 1990 básicamente se trataba de: disciplina fiscal; reordenamiento de las prioridades del gasto público; reforma impositiva; liberalización de los tipos de interés; tipos de cambio competitivos; reforma arancelaria; facilitación de la IED; programas de privatizaciones; desregulaciones jurídicas y asentamiento de los derechos de propiedad. Obviamente cuando ahora se habla de políticas públicas nacionales definidas por los Estados, se plantea seguir sí no el programa inverso, algo muy parecido.

[13] La idea de fondo es más parecida a la de la UA o la UE que a la de los TLCs o incluso, a la de otros bloques regionales del mundo (como, por ejemplo, el ASEAN): en el fondo se trata de una profundización del principio de interdependencia entre las naciones aplicado a Sudamérica. El mecanismo de fondo consistiría en que todos los países ceden parte de su soberanía (al principio en pro de determinadas políticas comunes; ahora parece que en pro de un organismo superior como UNASUR): a cambio refuerzan su autonomía pero, sobre todo, hacen más viables sus propias políticas públicas, no sometiéndolas a riesgos o presiones externas.

creación de otros nuevos, controlados desde Caracas[14].

El esfuerzo no fue en vano aunque, a partir de 2004, apareció UNASUR[15], una iniciativa geopolítica brasileña -mucho más ambiciosa e interdisciplinar que las propuestas energéticas de Caracas- que enseguida se convirtió, sin embargo, en una prioridad para Venezuela. Considerar a este foro como uno más de la larga tradición integracionista latinoamericana o peor, como un instrumento al servicio del *chavismo* es, sencillamente, erróneo.

De hecho UNASUR, nacionalidades al margen, parece estar cuajando porque es funcional a los intereses de las *burguesías emergentes* sudamericanas[16]. Que dichos intereses, de tendencia más

[14] La organización latinoamericana que Caracas consideró más útil -sobre todo a partir de 2003- para sus propósitos integracionistas fue MERCOSUR. Su atractivo de fondo consistió en el potencial productivo y la vocación latinoamericanista de las oligarquíaas, sobre todo brasileña y en menor medida, argentina. En coherencia con dicha perspectiva Venezuela emprendió una estrategia orientada a cambiar, por completo, su estrategia de integración regional: en 2004 comenzaron las conversaciones orientadas a la constitución de UNASUR; dos años después, Caracas abandonó la CAN (organización mucho menos avanzada en términos integracionistas, seguramente porque las burguesías de sus países miembro son de carácter mucho más rentista y nacionalista y/o pro estadounidenses) y se integró en MERCOSUR. En paralelo, en 2004, fue creado el ALBA, un heterodoxo acuerdo comercial multilateral (compuesto por seis países) que formó parte de la estrategia de Venezuela para dinamitar el ALCA, que se consideraba, no sólo controlado por Estados Unidos, sino regido por principios neoliberales. Fue a partir de ese momento cuando Washington cambió de estrategia y apostó por bilateralizar sus relaciones diplomáticas en América Latina: seguramente por eso el ALBA siguió existiendo y sobre todo UNASUR, adquirió un carácter marcadamente defensivo desde sus inicios. Otra institución de tendencia integracionista que, para terminar, Caracas también controla plenamente es PETROCARIBE: se trata de una empresa, conformada por PDVSA y las petroleras de 15 países más de la cuenca del Caribe. Se trata de un acuerdo que, solo en apariencia, no conviene a Venezuela (al ser su base, petróleo a cambio de bienes y servicios que, a duras penas pueden producir países tan pobres): en realidad extiende enormemente la influencia diplomática de Caracas en el área y tratándose en muchos casos de paraísos fiscales, pone a buen recaudo (y con interesantes tipos de interés) los petrodólares venezolanos.

[15] La primera cumbre de UNASUR tuvo lugar, en 2004, en Cuzco, Perú. Su acta constitutiva se firmó en Brasilia, en 2008. Se trata de una organización supranacional sudamericana compuesta por 12 países. En el preámbulo de su *Tratado Constitutivo* afirma su "determinación de construir una identidad y ciudadanía suramericanas y desarrollar un espacio regional integrado en lo político, económico, social, cultural, ambiental, energético y de infraestructura". Más adelante reivindica una metodología *innovadora* "que incluya todos los logros de MERCOSUR y la CAN […] más allá de la convergencia de los mismos" (UNASUR, 2008). Retórica al margen (que es mucho margen porque la intención integracionista, allende el mercado, parece fuera de toda duda) lo verdaderamente significativo de UNASUR, lo que hace pensar en que pudiera tratarse de una experiencia sin precedentes que, además, cuaje, es que se trata de un proyecto que, como recuerda Zibechi (208) interesa a las burguesías locales (fundamentalmente a la brasileña pero en menor medida, también, a la argentina, a la chilena y la venezolana) porque ocupa un espacio político (a partir del cual se promueve desarrollo) cada vez más huérfano como consecuencia del desplazamiento, especialmente después de 2000, del eje geopolítico mundial (y sobre todo, estadounidense) hacia Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central y del económico hacia el Extremo Oriente. Para muestra, tres botones: 1) solo el BNDES brasileño (sin contar el Banco de Sur, institución de UNASUR que, hoy por hoy, es el 14º *fondo soberano* del mundo por activos) tiene más capitales para invertir en la región que el Banco Mundial y el FMI juntos; 2) desde 2005, el Gobierno Venezolano invierte más que Washington en América Latina (Forero, 2006) 3) desde hace veinte años, solo en 1999 (coincidiendo con la crisis financiera asiática) América Latina logró captar más IED que Asia. Ello quiere decir, en la práctica, que capitales previamente invertidos en la región fueron emigrando poco a poco hacia Asia y que dicha región logró captar, a lo largo de los últimos dos decenios, casi el doble de IED nueva que América Latina (véase www.unctad.org)

[16] Hablar de *burguesías emergentes*, en la América Latina contemporánea, no es retórico. En Brasil, por ejemplo -según el IBGE- el incremento de la renta de los sectores más pobres de población fue del 18.9% entre 2002 y 2006. Ello posibilitó que, en 2008, por primera vez en la historia del país, la clase media fuera mayoritaria. En Venezuela está ocurriendo algo parecido (allá el crecimiento de las rentas de los sectores más desfavorecidos fue incluso mayor: 21.5%). Procesos similares, aunque mucho más moderados, están teniendo lugar en países como Chile, Argentina y Uruguay. Resulta, pues, evidente la incidencia de los Gobiernos progresistas instalados en la región desde comienzos de la década. Ahora bien, dos matizaciones deben ser realizadas: en primer lugar que la elección de estos últimos no fue casual ya que los *planes de ajust*e, aparte de episodios de ingobernabilidad, generaron nuevas formas de acumulación y de distribución social informal que constituyeron el germen de grupos sociales que, ya con los Gobiernos progresistas, están tendiendo a asentarse (alrededor de intereses, generalmente más productivistas que especulativos). Segunda matización importante: el rigor macroeconómico de países como Brasil o incluso, de la propia Venezuela está haciendo fluir dinero hacia los mercados de capitales sudamericanos. En dicho marco, iniciativas

productivista que sus antecesores, se contrapongan cada vez más a los abiertamente especulativos de los capitales multinacionales presentes en la región o a los, geopolíticos, definidos por algunas cancillerías occidentales, es otra cosa.

La idea de partida es muy sencilla: se trata de ocupar -a partir de una filosofía contrapuesta al neoliberalismo, pero no al capitalismo- espacios económicos que languidecen, desde hace una veintena de años, semi-abandonados o prácticamente inexplorados[17]. Por eso Caracas se sumó al carro tan rápido pero, también por eso, en ese espacio prioritario se ve obligada a negociar. Sus armas son, de nuevo, la política financiera y sobre todo, la energética.

Tras décadas de raquitismo estatal y de escasa IED, la región está ávida de petróleo e infraestructuras. Venezuela, haciendo un uso heterodoxo de sus *fondos soberanos*, provee de ambas (desde 2005 invierte más que Washington en la región): así evita desequilibrios macroeconómicos internos; aumenta su influencia exterior y pone a rentar sus capitales en un área que considera "segura" invirtiendo, además, en proyectos productivos[18].

Dicha estrategia que, como se acaba de señalar, precede a UNASUR, Caracas también la trasciende con el objeto de aumentar su influencia en el seno de la propia organización. Venezuela, de hecho, también invierte en Centroamérica y el Caribe y mantiene acuerdos estratégicos con todo país no latinoamericano susceptible de reforzar sus capacidades productivas (China o India) o de conformar polos geoestratégicos contrapuestos a Washington (Irán o Rusia)[19].

---

como UNASUR, para lo que están sirviendo es para canalizar inversiones que, poco a poco, comienzan incluso a generar intereses *emergentes* en países vecinos como Bolivia, Paraguay o Ecuador. Los casos de Colombia, Perú y Chile, aunque todavía deben ser estudiados, resultan algo más complejos pues aunque también existe una clase media *emergente*, las viejas oligarquías están logrando ser mucho más eficientes en la desconcentración de sus campos de influencia e instrumentos de poder.

[17] La última gran apuesta de Washington por el desarrollo de América Latina fue la *Alianza para el Progreso* (1961-1971). Desde entonces, sólo durante la década de los 1970, hubo una notable inversión militar. A partir de los años 1990 y muy especialmente, de los 2000, no sólo Estados Unidos no invirtió más sino que –según cifras del UNCTAD- sacó muchos capitales para reinvertirlos en otros lugares (generalmente, en Asia). Esos huecos fueron en detrimento de la influencia estadounidense en la región. Si bien es cierto que otros capitales llegaron (los españoles, por ejemplo, llegaron a depositar en América Latina un 5.6% de su PIB; las inversiones chinas crecen exponencialmente, etc.) dichas inversiones no siempre llegaron acompañadas de iniciativa política y mucho menos, de presencia militar. El otro punto importante es que, además, tampoco fueron necesariamente, siempre, inversiones productivas: esos son los espacios que tratan de aprovechar, ahora, los capitales locales.

[18] Desde 2005 (que es cuando el Gobierno venezolano empezó a invertir en la región: formalmente, más que Estados Unidos: Forero, 2006) Caracas ha gastado –mediante una utilización heterodoxa de múltiples productos financieros, sobre todo, de fondos- en cosas tan dispares como títulos de deuda argentinos; bases militares en Bolivia; petróleo subvencionado para Centroamérica y el Caribe; campañas presidenciales en los Andes; construcción de un gaseoducto de 8 mil kilómetros a través de Sudamérica y por supuesto, a pesar de que se hable poco de ello, la ampliación del Canal de Panamá. Al principio se trataba de generar interdependencias alrededor de la energía: desde que UNASUR existe, de ganar cotas de influencia política al interior de la organización.

[19] Centroamérica y el Caribe tienen una importancia significativa en la política exterior venezolana posterior a 2003: para Caracas, básicamente se trata de ganar influencia diplomática (sobre todo en Naciones Unidas, los países de la región aliados a Caracas son entre 18 y 20: nada desdeñable en caso de votaciones comprometidas); de asegurar ciertos nichos financieros

Lo demás es pura retórica, pero una retórica fundamental porque el *chavismo* siempre le ha concedido una importancia central a los símbolos: trata de erigirse en punto de referencia del anti-imperialismo y el anti-neoliberalismo mundiales. Eso explica la importancia que le otorga a sus relaciones con Cuba (quien también le provee de *know-how* y contactos[20]) y por supuesto, a uno de sus sustentos ideológicos más inadvertidos: el altermundismo[21].

(sobre todo después de la sacada masiva de capitales venezolanos de Estados Unidos, en 2005) y en el caso de Centroamérica (como en el de Ecuador) de abrir nuevas rutas para el comercio energético con China. ¿Porqué éste último país interesa tanto? Básicamente porque se le ve como la gran alternativa comercial, pero también política y militar a Estados Unidos. Pekín está interesado en la energía y en América Latina y por eso no puede sino ser socio privilegiado de Venezuela (en 2008 ambos países firmaron un convenio mediante el cual ampliaron el *Fondo Estratégico Pesado* -que favorece las inversiones chinas en Venezuela- hasta los 12 mil millones de dólares: algo más de la mitad de los fondos de todo el Banco del Sur y cerca de un 5% de la cantidad que Pekín suele destinar a inversiones en el extranjero). Otro socio estratégico para Venezuela es Rusia pero, en este caso, más por motivos estrictamente geoestratégicos: se la considera la única potencia militar capaz de desafiar seriamente a Washington y por eso, las relaciones entre ambos países son especialmente fértiles en ese terreno (especialmente después de la Guerra de Georgia). Más allá de China y de Rusia, la *Casa Amarilla* considera socios privilegiados a todos aquellos países del Sur capaces de modelar –por motivos políticos, económicos, energéticos o demográficos- un mundo multipolar: Argelia, Bielorrusia, India, Irán, Libia, Malasia, Nigeria, Siria, Sudáfrica, etc.

[20] La relación de Cuba con Venezuela es especial. Se rige por un *Convenio Integral de Cooperación*, firmado por primera vez en 2001. Básicamente, contempla el intercambio de petróleo por *know-how* cubano: asistencia social, asistencia médica, asesoría educativa, asesoría agroindustrial, etc. a cambio de unos 53,000 barriles de petróleo diarios a precios subvencionados. Resulta complicado monetarizar, a ciencia cierta, esta relación bilateral aunque, no, percibir que la evolución de la economía cubana es por ejemplo, desde 2002, muy parecida a la de Venezuela. Más allá de las cuestiones económicas, se trata ante todo de una relación simbólica que a Caracas en general y a Chávez en particular le provee simpatías y antagonismos pero, desde luego, de proyección mediática en el mundo entero.

[21] El altermundismo, un movimiento político un tanto informal y heterogéneo, ha provisto de muchas más herramientas teóricas de las que se piensa al *chavismo*. Muchas de sus ideas (como la de participación, la de soberanía alimentaria o la de fiscalizar las transacciones financieras) provienen de sus laboratorios, los *Foros Sociales Mundiales* (Chávez reivindicó por primera vez el *socialismo del siglo XXI* en un de ellos, celebrado en Porto Alegre, en 2005). Al margen de ideas, muchos de las cabezas visisbles del movimiento (como Walden Bello, Bernard Cassen, Noam Chomsky, François Hourtart o Ignacio Ramonet, entre otros) han fungido, en una u otra ocasión, de asesores y/o inspiradores del Presidente venezolano.